

6343251

REVISTA

V. 28
#2

TEOLOGICA

RECEIVED



1983

DEC 1 1983

#112

Publicación del

SEMINARIO

CONCORDIA



Números
Alusivos

1983

CONTENIDO

SOLTANDO AMARRAS (Editorial).....	1
IGLESIA LUTERANA Y EDUCACION TEOLOGICA en América Latina del Norte.....	4
BOSQUEJO DE SERMON CONFESIONAL.....	25
CAUSAS DE LA REFORMA (Continuación).....	26
LUTERO: el hombre creyente.....	35
SERMON.....	39
LUTERO Y MARIA.....	42

NOTA: Los números 113 y 114 serán editados bajo la responsabilidad de los profesores E. Sexauer y H. Hoppe

LUTERO, EL HOMBRE CREYENTE

Temprano en la tarde del 18 de abril de 1521, un pálido y pensativo monje de la orden de San Agustín fue llevado delante de Carlos V, gobernante del Sacro Imperio Romano, para que se retractase de escritos que criticaban la iglesia y el papado. Pero, parado delante del emperador, el monje Martín Lutero prometió lealtad a un Rey superior, aún a sabiendas de que, un siglo antes, el crítico eclesiástico Juan Hus, había sido llevado a la hoguera por sus convicciones.

Temblando por dentro, y convencido de que no sobreviviría, Lutero se sometió a la voluntad de Dios demostrando su fe: "Si no me convencen mediante testimonios de las Escrituras o por un razonamiento evidente, quedo sujeto a los pasajes de las Escrituras aducidos por mí y mi conciencia está cautiva de la Pabra de Dios. No puedo y no quiero retractarme de nada, puesto que no es prudente ni recto obrar contra la conciencia."

Ese viaje a Worms fue importante, no por su extensión, sino para la historia de la iglesia y de su propia fe. Lutero, el creyente, se mantuvo firme en el salón de los obispos de Worms.

A pesar de ser significativo, ese viaje comenzó accidentalmente. Nacido el 10 de noviembre de 1483 y bautizado al día siguiente (como era costumbre), Lutero fue llamado según el santo correspondiente en el calendario. Sus padres aplicaron una firme disciplina, como correspondía a una típica familia medieval. A pesar de que los psico-historiadores Freudianos han buscado aquí raíces para la posterior reforma de Lutero, su hogar no era extraordinariamente estricto.

De hecho, Lutero hablaba cariñosamente de su padre, que una vez lo llevó bajo las estrellas para hablarle del amor de Dios. Su muerte, en 1530, según palabras de Lutero, "causó una herida tan profunda en mi corazón, que casi nunca le he tenido a la muerte tan poca estima como en ese momento".

La religión en la vida de Lutero estaba marcada por una piedad motivada por el temor, con Cristo, el Juez, pesando los méritos para recompensar o castigar. Se creía que el hombre pecador todavía tenía algo de bondad, de tal forma que, si trataba de obrar de la mejor manera posible, Dios le infundiría gracia sin tener en cuenta lo débil del impulso inicial; de esa forma se incrementaba la fe, completándose con esfuerzos sucesivos hasta alcanzar un nivel salvador de iustitia (justicia). Pero, ¿dónde estaba ese nivel? Esa pregunta llevó a Lutero a internarse en un monasterio.

Lutero no había planeado esa decisión. Previamente, y por deseo de su padre, empezó a estudiar leyes en la Universidad de Erfurt. Abruptamente, en julio de 1505, se despidió de sus compañeros, regaló la mayoría de sus libros, y entró en el monasterio local de los estrictos agustinos. "Después de hoy", dijo a sus amigos, "no volverán a verme".

Su decisión para huir de las tentaciones del mundo y para dominar los deseos de la carne fue tomada en un camino cerca de Stotternheim, en medio de una violenta tormenta de verano. El momento fue dramático, pero el problema hacía tiempo que se venía gestando, como resultado del temor y terror que sentía delante del Juez.

No pudiendo encontrar salvación segura en la vida secular, Lutero trató de buscarla detrás de las paredes del convento. "La desesperación hace al monje", comentó un tiempo después. Aún así, no encontró al Dios de amor. Horas de solitaria vigilia y noches de oración y ayuno al punto de arruinar su salud, no le dieron el consuelo buscado.

La incorporación al sacerdocio le produjo más dudas. Después de celebrar su primera misa, con la hostia sagrada en sus manos temblorosas, Lutero buscó la aprobación de su padre, pero Hans, apenas reconciliado con la nueva carrera de su hijo, respondió: "¿No has leído: honra a tu padre y a tu madre?"

Lutero permaneció en su curso, aferrado a una teología que mezclaba la fe con las obras. Había huido del mundo a una fría celda de menos de tres metros cuadrados con vista al cementerio del monasterio, pero los tormentos espirituales -Anfechtungen- no podían quedar atrás. Sin lugar a dudas Lutero persiguió la bondad con todas sus fuerzas. "Si algún monje ganó el cielo a través de su consagración, ése fui yo".

Viajando a Roma, en 1510, entró intempestivamente en la ciudad visitando templos y diciendo misas, para hacer méritos. Se lamentó de que sus padres no estuvieran muertos para poder librarlos del purgatorio subiendo la Escalera Santa de rodillas. A pesar de que Roma estaba llena de inmoralidades, Lutero salió de allí más sabio, pero con su fe medieval todavía intacta.

Incapaz de encontrar consuelo por sus propios esfuerzos, fue puesto en una posición radicalmente diferente por su confesor agustiniano, Johannes von Staupitz, quien lo urgió a ver a un Padre lleno de gracia en el misericordioso lugar de Dios. Staupitz recomendó al joven erudito al Elector Federico de Sajonia para su recientemente fundada Universidad de Wittenberg.

Después de un corto período como instructor visitante, Lutero pasó a ser miembro permanente de la facultad en 1511, con la cátedra de Salmos y luego Romanos (1515-16), y más tarde Hebreos y Gálatas. En alguna de esas búsquedas exegéticas, Lutero llegó al momento crucial, su Turmerlebnis, o Experiencia de la Torre.

Vio que la iustitia necesaria para la salvación no era el castigo, justicia inalcanzable dada la esencia de Dios, sino una justicia pasiva, imputada al hombre por el amor de Cristo. Las promesas de salvación de Dios y los beneficios de Cristo, dieron verdadero consuelo a Lutero. "Siento como si hubiera vuelto a nacer y me hubiera precipitado al paraíso a través de una ancha puerta".

A partir de ese momento, dejó de aferrarse a los siete sacramentos para ganar méritos, y descubrió que, a través del bautismo y de la Cena del Señor, Dios daba el perdón gratuito de los pecados, vida y salvación. A partir de ese momento dejó de perseguir la teología de gloria basada en las buenas obras, para sostener firmemente la teología de la cruz, mirando sólo al Crucificado.

La salvación no podía ser comprada a través de las indulgencias, como lo especificaron las 95 Tesis, sino que venía por la sola gracia de Dios a través de la fe en Jesucristo. Ese Evangelio vino de las Escrituras, y no de los papas y concilios que yerran, según declaró en el debate de Leipzig de 1519 contra Eck. A partir de ese momento, su vida tuvo un nuevo sentido; anteriormente, sólo las vocaciones y documentos eclesiásticos eran considerados salvadores; ahora, cada llamado era agradable a Dios, no por mérito, sino por ser una agradecida respuesta a Su Amor.

La Reforma creció cuando Lutero, el creyente, comenzó a compartir su fe. La fe no era un simple asentimiento intelectual,

credulitas, sino fiducia, o sea una total confianza, descansando en los brazos de Dios firmemente sostenido por el amor de Cristo. Esa confianza llevó a Lutero a pasar por varias crisis.

En años posteriores, entre rumores de acciones militares contra la reforma, Lutero estaba seguro de que Dios no permitiría que Su Evangelio fuera silenciado. Durante siglos la luz evangélica había sido una pobre y vacilante llama; ahora, Lutero esperaba que el mensaje de Cristo atrajera multitudes, aun cuando muchos siguieran despreciándolo.

Como lo mostrara el historiador Mark Edwards, Lutero estaba particularmente amargado por aquellos como los que una vez trabajaron con Karlstadt, quien había visto el Evangelio, pero lo rehusó. ¿Por qué? Porque Satanás, a pesar de estar derrotado, sigue molestando al mundo.

A principios de 1546, los Condes de Mansfeld se vieron envueltos en un pleito por propiedades. En el clima severo de enero, Lutero volvió a Eisleben, su ciudad natal, para actuar como mediador. Después de 3 semanas de reñidas disputas, se llegó a un acuerdo; Lutero quedó exhausto. Sabiendo del estado precario de su salud, y que el fin de sus días estaba próximo, el tema de la muerte marcó sus conversaciones y cartas.

Sus últimos días están ampliamente documentados por testigos oculares como el colega Justus Jonas, y en recientes biografías como la de H.G. Haile. En la tarde del 7 de febrero, y preocupado por los dolores en el pecho, Lutero se dedicó a orar y recitar pasajes como el de Juan 3:16.

Finalmente, entre las dos y las tres de la madrugada del 18 de febrero, Lutero se hizo eco del Cristo agonizante, con las palabras "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Jonas le preguntó en voz alta: "Reverendo padre, ¿morirá usted firme en Cristo, en la doctrina que ha predicado?". Lutero respondió con un firme y simple "Sí".

Durante toda su vida, en épocas de paz o desasosiego, Lutero se mantuvo firme en su fe. Reflejando el mensaje de gracia de las Escrituras, la última frase que dijo fue: "Hay una cosa que es cierta: somos mendigos". El peregrinaje comenzado con temores y duda, terminó, de vuelta en Eisleben, con la fe salvadora en Cristo. La confianza de Lutero la reflejan las palabras de su dicho más usado: "Non morior sed vivam...No moriré, sino que viviré y hablaré de las obras del Señor".

De Lutheran Witness.-